



CRÓNICA DE CÓRDOBA Y SUS PUEBLOS III



ASOCIACIÓN PROVINCIAL CORDOBESA DE CRONISTAS OFICIALES
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE CÓRDOBA

Córdoba, 1994

CRÓNICA DE CÓRDOBA Y SUS PUEBLOS III

COORDINADOR DE LA OBRA: JOAQUÍN CRIADO COSTA

**ASOCIACIÓN PROVINCIAL CORDOBESA DE CRONISTAS OFICIALES
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE CÓRDOBA**

Córdoba, 1994

Dep. Legal: CO-462/1989

Imprime: Tip. Católica, S.C.A.
Políg. Ind. La Torrecilla
Córdoba

PAISAJES DE LA VICTORIA EN LA LÍRICA DEL “CANCIONERO DEL GUADALMAZÁN”

Francisco CRESPÍN CUESTA

Esta breve intervención a la que titulo “Paisajes de La Victoria en la lírica del cancionero del Guadalmazán”, tiene por objeto hacer una ligera exposición de algunas de las cosas entrañables que para sus hijos tiene este pueblo. Todos los lugares de cualquier rincón de España poseen sus encantos en monumentos, objetos, paisajes, costumbres, etc., la mayor parte de ellos sólo detectados por aquellos que viven apegados al terreno, en aras del amor y la devoción a sus lares. ¿Quién no ha sentido la luminosidad de los campos que rodean a su pueblo, más clara, más diáfana, más atrayente y más bella que ninguna otra? ¿Quién no ha considerado a sus ríos o arroyos más cristalinos, más transparentes, más lípidos y deliciosos y a las plantas y flores de sus márgenes más fragantes y dignas del Edén? ¿Quién no ha pensado alguna vez que las plazas y las calles de su pueblo tienen un algo que le subyuga y atrae, un duende que se muestra dulce y acariciador, algo que no acierta a descubrir en otro lugar, por mucho que busque y cavile? ¿Quién no ha sentido en cualquier ocasión, ante la imagen de la Virgen tutelar de su pueblo, esa sensación de dulzura y emoción que sólo se experimenta ante el objeto venerado, ante aquello que sabemos es consustancial con alguno de los aspectos más sensibles de nuestra existencia?

No cabe duda de que todos sabemos descubrir una belleza, un valor espiritual en las cosas entrañables que nos rodean y, sobre todo, en las que siempre están percibiendo nuestros sentidos. ¿Quién no canta a su pueblo, a su patria chica, desde lo más íntimo de su corazón, con cariño y ternura, como desde el *Cancionero del Guadalmazán*, canto yo al mío?

Aquí está La Victoria, recostada
en una suave loma,
de alburas de la cal y luz bañada,
como blanca paloma.

Aquí su bella plaza, recoleta,
donde el templo se asienta,

de designios sagrados, cierta meta,
en que nuestra fe alienta.

Aquí las calles blancas y aseadas,
donde la paz anida,
de caricias de soles inundadas
y colmadas de vida.

Aquí los campos verdes, sonrientes,
de olivo y cereal,
vergeles generosos y atrayentes
que no tienen igual.

Aquí los arroyuelos serpenteantes
que llenan de frescor
los parajes hermosos, fascinantes,
que hay a su alrededor.

Aquí los bosques grávidos de encinas
que exornan de color
el oscuro matiz de las colinas,
dándoles su verdor.

Aquí las rudas torres, consagradas
por antigua memoria,
como páginas vivas, arrancadas
de nuestra vieja historia.

Aquí la luz radiante de su cielo
que inunda de fulgor
la faz hermosa de su fértil suelo,
con inefable amor.

Aquí la Virgen bella, venerada
en recio santuario,
por la luz celestial siempre bañada,
cual mágico incensario.

Aquí la dulce Madre Inmaculada
que en nuestro templo brilla,
feliz y tiernamente idolatrada

por toda nuestra villa.
 Aquí las gentes nobles y sencillas
 de este pueblo ideal,
 que vive sin rencores ni rencillas,
 desconociendo el mal.

Con acervo tan noble y entrañable
 cual se respira aquí,
 encuentro acogedora y agradable
 la tierra en que nací.

¡Los campos! ¿Quién no encuentra maravillosos los campos de su tierra?
 ¿Quién no los ve dotados de todas las perfecciones y encantos de que puedan
 adornarse los más hermosos jardines? ¿Quién no ve sus flores más bellas y
 olorosas que las de cualquier lugar del mundo? ¿Quién no siente al contemplar-
 los la sensación natural y disculpable de que se encuentra ante algo único e
 irrepetible, aunque el profano no vea en ello motivo de admiración? ¿Y quién se
 resiste a cantar conmigo, a la vista de los paisajes amados de la tierra madre?

No sé que tienen los campos
 que embargan el alma mía,
 si paseo con la luz de atardeceres;
 si los cruzo cuando apenas raya el día.
 Yo he escalado las alturas luminosas
 de la Campiña dorada,
 cuando al aire va el perfume de las rosas;
 cuando el céfiro se mece en la enramada.

No sé qué sublime embrujo
 respiran las alamedas,
 cuando el pájaro se posa entre sus hojas
 y a los aires sus endechas lanza quedas.
 Yo a su sombra protectora me he extasiado,
 de la corriente a la orilla,
 del jilguero oyendo el canto regalado
 y el arrullo de la dulce tortolilla.

Yo he subido hasta las cumbres,
 apenas el sol nacido,
 cuando el macho de perdiz lanza su canto,
 mientras su hembra con calor calienta el nido.
 Yo, en la cúspide bravía he cabalgado

ante el inefable encanto
de los vientos que, ululando entre las ramas
ponen notas que parecen tierno llanto.

Yo he llegado hasta el otero
donde posan las palomas,
para oírlas arrullarse entre los surcos
que decoran las coronas de las lomas,
las he visto removerse alborozadas,
remontando hasta la altura,
azotando el leve viento con sus alas,
como copos impolutos de blancura.

Yo he bajado al seno oscuro
de la tenebrosa umbría,
para oír el grito vil de la raposa
y escuchar del ruiseñor la melodía.
Y mi pecho, tan sensible a la ternura,
con gran deleite ha gozado,
al mirar raudo escapar de la espesura
al conejo que ante mí corre espantado.

No sé qué tienen los campos
que embargan el alma mía.
No sé qué embrujado encanto.
No sé qué oculta poesía.

Porque los paisajes amados se abren, insensiblemente, hueco en nuestros corazones y embargan nuestro espíritu con la fuerza arrolladora de aquello que sentimos muy nuestro y muy entrañable, capaz de llenar de gozo, emoción y placer desbordante todo nuestro ser.

Torrenteras coloradas
de nuestro campo bravío;
riberas inmaculadas
junto al abundadoso río.
El color de tus laderas
y el verde de tu ramaje
son como alegres banderas
que proclaman tu linaje.
Tierras bermejas y bellas
que al Guadalmezán decoran;

palco grandioso de estrellas
 que sobre las aguas lloran.
 Balcón altivo y hermoso
 do se domina el sendero.
 Atalayón ampuloso,
 inmaculado y señero.
 Orgullosa te levantas
 sobre el río rumoroso
 que se desliza a tus plantas
 murmurante y amoroso.
 Tierras rojizas, bermejas,
 que te dieron nombre un día,
 donde pacen las ovejas
 en incansable porfía.
 Talud abrupto y erguido
 que hacia el infinito subes
 y parece que has nacido
 suspendido de las nubes.
 El zarzal y la palmera
 espontáneamente están
 exornando la ribera
 del viejo Guadalmazán.
 En tu inclinada ladera
 la cabra trisca atrevida,
 simulando estar entera
 de tus ramas suspendida.
 ¡Oh, taludes bermellones
 de las torrenteras bellas!
 ¡Desde esos altos peñones
 quiero alcanzar las estrellas!

O aquellas estampas inefables que nos brindan las aguas rumorosas y murmurantes que se deslizan por nuestros ríos o arroyuelos, poniendo guirnaldas diamantinas a los campos pardos del olivar, áureos del trigo y oro esmeralda del girasol que desplazó la blancura inmaculada e impoluta del algodónero.

Charco Bermejo, cristalino y bello
 que el río moruno con amor decora,
 del cielo rayo, de la luz destello,
 reflejo ardiente de naciente aurora.
 Las limpias aguas que tu cauce besan,
 muy lentamente corren por tu seno,

ante las flores mil que se embelesan
 con el embrujo de tu campo ameno.
 Deja que un poeta con ardor te cante
 las dulces rimas que orlen tu grandeza;
 deja que admire, sólo un breve instante,
 tu majestad, tu encanto y tu belleza.
 Canta el Guadalmezán, con voz de plata,
 dulces endechas, églogas de amores;
 música de baladas, que arrebatada
 su trino suave a alados ruiseñores.
 Cruza constante tu cristal plateado
 el pez que manso y bello se desliza
 en el cilanco claro y encalmado
 que a estos parajes baña y eterniza.
 Sale a tu orilla, los rayos buscando
 del sol ardiente, la tortuga parda
 horas enteras, sin temor, posando,
 pues es poco vivaz y mucho tarda,
 mas, huye diligente y presurosa
 si alguien osa llegarse a la ribera
 zambulléndose rauda y afanosa
 temiendo a una fantástica quimera.
 Allá en el declinar de cada tarde,
 cuando se viste el cielo de oro y granas
 y el ocaso en celajes rojos arde,
 se escucha el grave canto de las ranas
 que croan, a compás del cefirillo
 que ulula entre los árboles vecinos,
 mientras su contracanto entona el grillo
 al borde del zarzal y los espinos.
 Bello y florido Barranco Bermejo,
 de claras aguas, limpias, transparentes;
 terso remanso, de la luna espejo,
 que de plata y azul viste sus fuentes.

Y también la añoranza de las cosas que se fueron para no volver y nuestro corazón evoca acongojado, por el bien perdido.

Junto al álamo viejo que creció en la ribera
 del Guadalmezán bello, que el campo acariciaba,
 junto al agua riente que brilla y reverbera,
 la noria de la Huerta, sin descanso giraba.

La mula que, paciente, daba vueltas pausada,
 hacía girar el eje con penetrantes sonos;
 de cristal y de plata las acequias llenaba
 el viaje inacabable de viejos canjilones.
 Bella estampa campera la de la vieja noria
 y el discurrir del agua por los frescos vergeles
 do se enajena el alma, do se respira gloria,
 por entre las higueras, por entre los laureles.
 Allá cerca, en la torre, la Virgen se adormece
 mirando el lento paso de la mula cansina
 y al ver salir el agua que se esparce y se crece
 su semblante se alegra, se ensancha y se ilumina.
 Noria vieja, que un día lejano y olvidado
 clavó sobre esta tierra el moro laborioso,
 convirtiendo estos campos, de yermo despoblado,
 en jardín floreciente, cultivado y hermoso.
 Nuestros ojos te buscan, nuestra mente te añora
 y muestran su tristeza al no poder hallarte;
 el corazón te llama, el alma te deplora,
 de ver que ya no pueden volver a contemplarte.

Y las cosas nimias, insignificantes, que apenas nadie se fija en ellas, pero que también tienen sitio en el calor de nuestros pechos y las sentimos palpitar, dando fe de que representan algo en nuestra existencia. Como esa cosa sencilla que se encarama en lo más alto de nuestra torre parroquial, que canta nuestras alegrías y llora nuestras desventuras.

En la torre parroquial
 de nuestra villa adorada
 que en fe de santo ideal
 fuera antaño levantada,
 hay una joya preciosa,
 símbolo de nuestra historia,
 que representa un reflejo
 de su inmarcesible gloria.
 Esta joya idolatrada
 es un simple campanillo,
 que responde a un bello nombre:
 "Periquillo".

Estuvo antaño posado
 en la espadaña señera

del oratorio sagrado
de aquella casa primera
que fue nuestro antiguo lar,
llamada Victoria Vieja,
desafiando a los vientos
sin dar la más leve queja.
Allí al tempero emplazó,
inmaculado y sencillo,
nuestro campanil amado,
“Periquillo”.

Los religiosos paulinos
que en esta tierra vivían,
para convocar al pueblo
el campanillo tañían,
reuniendo a la vecindad
en su preciosa capilla,
que brillara deslumbrante
iluminada y sencilla,
con su voz dulce y timbrada,
con su pausado estribillo,
llamaba a los moradores
“Periquillo”.

Sonaba su ardiente voz
por el campo en derredor,
invitando a la oración
con encendido fervor.
Llamaba insistentemente,
como esparciendo la luz
que en la capilla señera
se escapaba de la cruz
e igual por el campo verde
que por el prado amarillo,
dejaba su timbre oír
“Periquillo”.

Las gentes del viejo lar,
los frailes de La Victoria,
en este esquilón cifraron
buena parte de su gloria,
porque con su clara voz

y su lenguaje vibrante
 convocaban a la grey
 del paraje circundante,
 los cuales, presto acudían
 atraídos por el brillo
 que de su son desprendía
 "Periquillo".

¡Oh, esquilón bello y señero,
 digno de amor y memoria!
 ¡Jamás te habrán de olvidar
 los hijos de La Victoria!
 Posa en paz en tu atalaya
 cerca del calor del cielo,
 que siempre te admirarán
 las gentes de nuestro suelo.
 Y aunque en tu altivo sitial
 te muestres vanidosillo,
 siempre te hemos de querer,
 "Periquillo".

Y, por último, el dolor, la pesadumbre, la melancolía de ver que se nos acaba la vida y perdemos tantas cosas bellas como Dios nos hizo sentir, al dotarnos de esa maravillosa intuición que nos permite percibir tesoros de bondad y belleza donde nuestros ojos se abrieron a la luz, donde quizá sólo haya amor infinito hacia el rincón donde manos amorosas mecieron nuestra cuna y donde labios queridos besaron nuestra frente.

De mi pecho la cruel melancolía
 arrancar para siempre yo quisiera;
 mas, no puedo, Señor, vana quimera
 me viene resultando esta porfía.

Me sigue, cual la noche sigue al día;
 me hiere con su zarpa, como fiera,
 y sin piedad alguna clava artera
 sus dardos, con mortal alevosía.

Si duermo, los ensueños me torturan
 con escenas macabras y espantosas
 que visiones terribles me procuran

y, si velo, me invade el pensamiento
un sinfín de cuestiones tenebrosas
que me dejan sin paz y sin aliento.

¡Cómo pesan las canas de mis sienes
y tiran de mi frente hacia los suelos!
¡Cómo niegan erguirse hasta los cielos,
en busca de zafíricos edenes!

Me doblegan matándome a vaivenes
y haciendo más amargos mis desvelos,
cortando al corazón los dulces vuelos
que son, de mi esperanza, ricos bienes.

¡Cómo pesa la plata! ¡Cómo duele
el paso inexorable de la vida
que lleva a la fatal e incierta meta!

¡Quisiera sublevarme! Mas, ya huele
mi corazón a víscera podrida,
aunque mi mente busque escape inquieta.



Asociación Provincial Cordobesa
de Cronistas Oficiales



Excma. Diputación
Provincial de Córdoba